

DESLIZARSE EN LA SUPERFICIE. A PROPÓSITO DEL ENSAYO

Iván Darío Carmona Aranzazu¹

*¿Con cuántos árboles se hace una selva? ¿Con cuántas
casas una ciudad? Según cantaba el labriego de Poitiers,*

*La hauteur des maisons
Empeche de voir la ville,*

Y el adagio germánico afirma que los árboles no dejan ver el bosque. Selva y ciudad son dos cosas esencialmente profundas y la profundidad está condenada de una manera fatal a convertirse en superficie si quiere manifestarse.

Ortega y Gasset

• Cuántas imágenes hacen un poema? ¿Cuántas palabras se necesitan para construir un pensamiento? Vemos palabras de la misma manera que vemos árboles y casas, pero no vemos el bosque ni la ciudad como no vemos el poema y el pensamiento; lo verdaderamente esencial de ambos permanece oculto a nuestra simple y cotidiana mirada. El ojo y el oído se han acostumbrado a ver y a oír, es natural, es lo que se espera de dos órganos que están hechos para cumplir esta misión. Pero ni vemos ni oímos

1 Magíster en Filosofía, doctorando en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín. Especialista en Ética. Docente de Filosofía y Literatura de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades.
Correo electrónico: ivan.carmona@upb.edu.co
Orcid: 0000-0002-4572-8527



más allá de los límites creados por la rutina de nuestra cotidianidad, hemos fijado a la superficie el paisaje y todo cuanto lo contiene: colores, olores, sonidos y texturas; vemos sin ver, oímos sin oír, olemos sin oler, tocamos sin sentir; esto es, sin diferenciar. Sin duda, establecer la diferencia, en cada acontecimiento particular, nos permitiría ir más allá de lo que simplemente se pone frente a nosotros; estamos tentados a nombrar esta diferencia como profundidad, pero mucho me temo que la profundidad también es una trampa, se trataría más bien de saber moverse entre ambas; sería algo así como dejarse sorprender por lo nuevo que hay en lo mismo, por lo imperceptible e invisible que existe en lo real y visible de la cotidianidad.

Con palabras e imágenes están contruidos nuestros pensamientos y sueños; eso, aparentemente, llena la superficie de la hoja donde los plasmamos. Juntamos palabras y sentimos que esa sumatoria da como resultado una idea clara y coherente que nos explica nuestra realidad o nos pone sobre el horizonte de nuestra comprensión. Pensamos, escribimos, paseamos por el bosque pero solo vemos árboles; ¿qué es aquello otro que no alcanzamos a ver por nuestra reducida mirada? ¿No será precisamente lo que habita detrás de cada árbol, aquel claro que está en mitad del bosque y de cuyas imágenes se desprenden nuestros mitos y leyendas? En la espesura del bosque, que no es otra cosa que el vacío que permiten los árboles entre sí, se levanta el gran laboratorio de nuestras narraciones y pensamientos; de este brotan, como una fuente natural, la historia, la literatura y la filosofía, todo aquello que de la experiencia deviene cuento, leyenda, fábula, novela, tradición, mito, romance y chisme.

Se trata de lo invisible, de lo oculto, de lo sutil y pequeño, de aquello que pareciera emerger de la profundidad, del centro del bosque; lo innombrable que se dibuja entre líneas y que configura poco a poco nuestra existencia. ¿Cuánto silencio se necesita para construir un pensamiento? Pensamientos intempestivos son el resultado de las caminatas de Nietzsche en el bosque de Sils Maria, no son pensamientos ordenados según el formato de la academia o según el modo del tratado filosófico; no, estos aparecen después de un largo silencio en el que se someten al vacío los acontecimientos de la existencia; la existencia cotidiana asombrada de sí misma y de su

diferencia, sorprendida por aquello que está detrás de lo que se ve a simple vista o de aquello que se adivina en la profundidad, entre la *doxa* y la *episteme*, entre la plena subjetividad y el concepto, pero aspirando desde el uno al otro. Lo no previsto por la lógica del pensamiento emerge de la nada, parafraseando a Liliana Weinberg, el que piensa *ensaya* (*Pensar el ensayo* 125). De igual modo, como lo señala el ensayista Evodio Escalante: “[...] volver al ensayo un acontecimiento propiciador del acontecimiento. Es decir: de lo que no estaba previsto” (291).

En medio de estos árboles y de estas casas, en los que se adivina el bosque y la ciudad, aparece el ensayo como un Centauro en medio de la espesura, a medio camino entre el concepto y la imaginación, aparece la paradoja que permite el lucimiento de la metáfora, el pensamiento intempestivo producto de la extraña boda entre las ya nombradas *doxa* y *episteme*. Centauro, hijo de la imaginación y de las sombras, mirando con desconfianza y fascinación la lejana luz de la ciudad. Aquella mirada sugiere una independencia alucinada, coquetea con la ciencia y sus certezas, al mismo tiempo que se deja permear por la palabra ligera y paradójica que brota de todos los rincones y poros donde se fermenta la naturaleza humana.

El ensayista, en cambio, es un campeón del pensamiento aproximativo. No le interesa la verdad sino esa peculiar aproximación a la verdad que se llama lo verosímil. En esto el ensayista es un novelista de los conceptos. Así como interesa al narrador mantener la verosimilitud de su relato, así el primer deber del ensayista es el de darle visos de credibilidad a sus tanteos en el campo del pensamiento (Escalante 302).

Tanteo, sugerencia, aproximación, palabra que juguetea con la sombra producida por la luz de la razón, encuentro poético con la verdad, verdad hecha metáfora a través de lo novelado; en este punto es posible entender la similitud entre el concepto y la imagen metafórica. El ensayista es un seductor; quiere la verdad pero no totalmente desnuda, quiere jugar con su contorno, prefiere adivinarla, arriesgar el equívoco, ama la verdad insinuada, humanizada a través de la palabra imprecisa. Entre el pensamiento y la poesía es posible encontrar la forma del ensayo, es por ello que vale la pena insistir en la importancia de la escritura para el

ensayo; para llegar a este se requiere de una gran maestría en la escritura, pues es evidente que al ensayo lo sostiene la metáfora. El ensayista debe poder deslizarse con naturalidad por la palabra.

Como nos lo recuerda Liliana Weinberg en su libro *El ensayo en busca de sentido*, Michel Foucault reconoce, que su libro *Las palabras y las cosas* nace de un texto de Borges; Foucault sobre hombros de Borges consigue ver más allá de lo que su teoría le dejaba visualizar, comprende ahora de otra manera y eso le provoca la risa; a través del poeta argentino descompone los juegos de la razón, reconoce la extrañeza de un conocimiento que se anuncia desde la otra orilla. Un texto lleva a otro texto, un hilo conecta con los invisibles hilos de lo que está por tejerse, mundo de relaciones que se buscan para provocar imágenes y gestar ideas y conceptos. Los textos que se apretujan en un libro y que en ocasiones conviven lúdicamente son la evidencia de que esta construcción de conocimiento acontece cuando esas intempestivas imágenes sacuden nuestra ordenada composición del mundo y de la vida, cuando la realidad empieza a ser socavada por el imaginario, cuando de las sombras emergen figuras, o logran traslucirse, provocadoras, entre los árboles del bosque.

El ensayo representa una poética del pensar. Y la rica combinatoria a la que ha dado lugar la puesta en relación de un verbo y un sustantivo permite designar tanto el proceso intelectual como el texto que es resultado de dicha actividad: Tanto un estilo de reflexionar como una escritura. Se ha hablado del ensayo como “poema intelectual”, “literatura de ideas”, “prosa no ficcional”, “proceso personal de interpretación”, así como también “escritura del yo”, “ejercicio del juicio”, “discurso reflexivo”. El ensayo es a la vez -y tomo aquí la clásica distinción de Wilhelm von Humboldt- *ergon* y *enérgeia*: tanto el texto en prosa que representa un punto de vista personal y fundamento sobre algún asunto que atrae su atención, como el proceso dinámico y creativo que le dio origen (Weinberg, *El ensayo* 19).

Pensar y escribir, volcar la realidad, la que registramos como acontecer y la de los sueños, responde a una necesidad vital de narrarnos desde ambas orillas, la de la razón y la de la poesía; ambas son pensamiento; son el leer y el escribir; son el texto reconociendo su origen multigénico. En un texto parecen coexistir otros textos provocándole diferencias, las

que se desplazan sin duda entre las similitudes; un pensamiento es el producto de muchos fragmentos e imágenes de pensamientos que se asumían definitivos.

El pensamiento existe gracias a esos fragmentos de experiencia que se resisten a abandonarnos, que no se dejan tragar por la vorágine del olvido; sin embargo, esos fragmentos que persisten solo alimentan la idea de que nuestro conocimiento se parece más a un ensayar continuo que nos va dando la ilusión de claridades, que de verdades últimas que nos acercan a la comprensión de este acontecer a través del tiempo que llamamos existencia. En su más larga noche, el ser se reconoce como paradoja, y a partir de ello intenta convertir lo frágil de su existencia en la fortaleza de su pensamiento; por ello pretende que toda su narración se convierta en ciencia y toda su ciencia en futura moral; pero no es más que el sofisma con el que se quiere ocultar la imposible unidad y comprensión del todo. Muy por el contrario, al final solo quedan fragmentos, residuos aleatorios de nuestra vivencia que nos sirven de insumos para narrarnos.

Dice Walter Benjamin en su texto *Dos poemas de Hölderlin*: “La vida es el más remoto fundamento de lo poetizado” (93). Apropiándonos de esta afirmación, podemos decir que existe una enorme conexión entre la vida como experiencia del mundo y lo pensado que a su vez toma cuerpo en lo narrado. ¿Qué hay detrás del pensamiento y qué se constituye en lo pensado? ¿Detrás de la vida y qué se presenta como lo vivido? De esta manera se sostiene Liliana Weinberg en la afirmación: “De allí que el ensayo sea, paradójicamente, un decir sobre lo decible” (*Pensar el ensayo* 146). Sin pretender forzar las palabras de Benjamin y de Weinberg, solo se quiere hacer notar que pensar y poetizar tiene como escenario de fondo la vida y que el ensayo es el resultado de este comprender que convoca palabras e imágenes, es decir que ensaya, y por lo tanto, hace de la escritura un laboratorio poético: “El ensayo es la consumación estética del acto de entender y de leer el mundo” (*Pensar el ensayo* 152). Sin duda, se trata de una relación íntima entre lectura y escritura, mediatizada por el pensar y el comprender; leer que desata escritura; poética del leer y del escribir que confluye en una poética del pensar.

Volviendo a la imagen del bosque y de los árboles, se impone como espejo la figura utilizada en el libro de Heidegger *Caminos de bosque*, no su contenido específico, sino la imagen de sendas, de trazos *en medio de*; aquello que se abre y se cierra, juego de perspectivas y perspectivas en juego. Lo pensado y lo ensayado de ese pensamiento como lo que atraviesa abriéndose camino entre claridades y oscuridades, orientándose por tenues rayos que intentan romper la espesura. Hemos contabilizado los árboles, los tenemos seleccionados y clasificados según diferentes categorías, pero del bosque, el conjunto de ellos, no tenemos más que una imagen fantasmagórica e imprecisa que certificamos con leyendas.

Umberto Eco en su libro *Seis paseos por los bosques narrativos*, producto de las conferencias a las que fue invitado por la Universidad de Harvard, muy apropiado del tema dice:

Un bosque es, para usar una metáfora de Borges (otro huésped de las Norton Lectures, cuyo espíritu estará presente en estas conferencias mías), un jardín cuyas sendas se bifurcan. Incluso cuando en un bosque no hay sendas abiertas, todos podemos trazar nuestro propio recorrido decidiendo ir a la derecha o a la izquierda de un cierto árbol y proceder de este modo, haciendo una elección ante cada árbol que encontremos (14).

Borges y Eco, para tomar solo el ejemplo más inmediato, son bosques en sí mismos, cada uno la sumatoria de una tradición que ha construido senderos, pero a su vez, de manera individual, son el árbol frente al cual es posible imaginar o construir senderos imposibles, utópicos y hasta producto de la fantasía.

Juego entre profundidad y superficie, como sugiere el filósofo español, “[...] los árboles no dejan ver el bosque, y gracias a que así es, en efecto, el bosque existe” (Ortega y Gasset 36), que permite ayudarnos a reconocer aquello que sucede al otro lado del espejo, la escritura no deja ver el pensamiento, lo muestra ocultándolo, lo arrastra entre remolinos de metáforas, lo alarga, lo demora, con un poco de suerte lo llevará a desembocar en algún fantástico o terrible océano; lo mantendrá a flote

por un tiempo, hasta que algún mitológico viento lo sacuda, llevándolo de nuevo a su cuna de origen: el balbuceo de algún poeta que en su decir arrastra fragmentos de vida; anécdotas, escrituras de la piel, palabras hijas de la noche, profundas, arrogantes y transgresoras, jugándose entre el deseo y el azar. Entre los árboles, el silencio susurra pensamientos, esto que ensayamos y que configura el paisaje de nuestro ser; en esencia, fantasmas en medio de un bosque talado, arruinado por nuestra obsesiva razón que todo lo quiere y que por ello y en ello justifica la razón de la sinrazón.

Lista de referencias

- Benjamin, Walter. "Dos poemas de Hölderlin". *Iluminaciones IV. Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid: Taurus, 2001.
- Eco, Umberto. *Seis paseos por los bosques narrativos*. Barcelona: Lumen, 1996.
- Escalante, Evodio. *Las metáforas de la crítica*. México: Joaquín Mortiz, 1998.
- Ortega y Gasset, José. *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Alianza, 2005.
- Weinberg, Liliana. *Pensar el ensayo*. México: Siglo XXI, 2007.
- _____. *El ensayo en busca de sentido*. Madrid: Publicación del instituto Iberoamericano, 2014.